

nación colombiana y no obstante sus críticas a las concepciones que privilegian la supremacía de la región andina, podemos constatar que su relato no deja de construirse desde el centro del país y desde sus élites. En este escenario, la población de las regiones fronterizas simplemente continúa siendo sujeto pasivo y víctima de los desmanes y arbitrariedades de los misioneros, de comerciantes inescrupulosos o de la ausencia estatal. Sin dejar de reconocer el aporte de Jane Rausch al conocimiento de cómo el Estado colombiano y los partidos políticos y sus principales representantes construyeron un imaginario sobre los hasta hace poco llamados territorios nacionales y cómo encararon la incorporación de las regiones fronterizas a la economía y a la organización territorial de la nación, hasta el advenimiento de la Violencia, no podemos sino esperar que las aún lejanas voces de los actores fronterizos se hagan presentes en futuros estudios, para ayudar a construir la historia de Colombia también desde el margen de la nación. Una historia que contemple el estudio del surgimiento de sociedades fronterizas, de sus relaciones y características internas, de la configuración de identidades étnicas, nacionales o transnacionales, o de las condiciones que han permitido que Colombia perfile una identidad nacional propia, en estos aún indescifrados territorios de frontera.

Carlos G. Zárate B.

*Profesor Universidad Nacional de Colombia
Sede Leticia*

Fernán E. González, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vázquez, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep, 2003, 336 páginas. Incluye CD.

El libro *Violencia política en Colombia* producido por el equipo de investigación dirigido por Fernán González e integrado por Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez, es un texto complejo que admite muchas lecturas. Complejo porque es el resultado de dos proyectos sucesivos de investigación, está escrito a seis manos, maneja distintas temporalidades pues se mueve con fluidez entre el presente y el pasado, combina lo teórico con lo empírico y, no menos importante, es interdisciplinario. Tiene un propósito que le da cohesión: una interpretación multicausal de la violencia reciente en Colombia desde la perspectiva de la construcción del Estado en una nación fragmentada como la nuestra.

El libro consta de dos grandes partes –una descripción del conflicto armado en los años noventa y una mirada de mediano y largo plazo sobre la violencia–, además de la introducción y las conclusiones, a lo que se adiciona

un CD que recoge la información georreferenciada sobre la dinámica del conflicto armado. Cada parte, a su vez, incorpora diversas secciones con énfasis metodológicos y disciplinarios particulares. Como el texto admite varias lecturas, vamos a proponer la nuestra. Distinguimos no dos sino tres partes o niveles de análisis: la primera es la mirada de la violencia presente, la segunda una lectura teórica y comparativa sobre la construcción del Estado, y la tercera un recorrido histórico de nuestra nación fragmentada.

La primera parte, que coincide con la de los autores, se inicia con una comparación de la evolución de dos actores armados: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Además de los rasgos particulares que cada uno tiene, se insiste en una reciente acción mimética que produce una simetría en las prácticas mas no en los principios. A renglón seguido se hace una descripción del conflicto armado durante los años noventa apoyándose en la base de datos sobre acciones bélicas del Cinep. De esta forma se analiza la violencia, no en general, como suele hacerse al considerar las estadísticas sobre homicidios, sino la que se deriva del conflicto armado. Con gráficos y mapas –aunque el grueso de ellos va en el CD anexo– se ilustra el papel jugado por los distintos actores armados en una confrontación que hasta mediados de la década involucraba militarmente a la insurgencia y a las fuerzas del Estado, y recientemente a las AUC.

Esta primera parte concluye con una sugestiva propuesta de territorialización del conflicto al considerar tres niveles: macro (nacional), meso (regional) y micro (municipal y veredal). En la obra se desarrolla más el análisis del segundo nivel al estudiar con cierto detalle etnográfico los casos de Putumayo y Urabá. Sobre los procesos macro, además de las estadísticas ya mencionadas, se propone una interpretación del conflicto armado desde la existencia de corredores consolidados y territorios en disputa. Los primeros son macroterritorios que controla un actor armado como reserva estratégica, pero también para tener una salida a alguna frontera internacional. Y los territorios en disputa, como indica su nombre, son zonas en donde no hay claro predominio militar de ningún actor y por lo tanto la guerra es más aguda y degradada. En cuanto al nivel micro no se avanza mucho en el libro, salvo un señalamiento general sobre la diferencia en cuanto a la presencia espacial de los paramilitares, más asentados en los cascos urbanos, y la insurgencia, generalmente ubicada en las veredas.

Nuestra segunda parte, que en algo coincide con la de los autores, apunta a la relación teórica entre violencia y construcción de Estado. Ya en la introducción ellos han señalado la necesidad de un enfoque multicausal del conflicto armado al que designan como “acción colectiva violenta”, concepto tradicionalmente utilizado para referirse a los movimientos sociales. Tal

categoría pretende ser el puente que integre los factores objetivos y subjetivos de la violencia, punto que no alcanza a ser suficientemente demostrado en el texto.

Aparte de estos señalamientos de la introducción, el grueso de la reflexión teórica está ubicada al inicio de la segunda parte del libro. En realidad se trata de una juiciosa revisión de la literatura sobre la violencia en Colombia y de las obras cruciales de historia comparada sobre formación del Estado. De la primera revisión brotan sugestivas hipótesis sobre la presencia diferenciada del Estado tanto en términos territoriales como institucionales, lo que marca la dinámica diversa del conflicto armado colombiano tanto en los años cincuenta como en el presente. Se constata que no siempre la violencia está asociada con vacío de poder y que nuestro Estado dista de ser un ente monolítico y coherente en su relación con la sociedad. Esto último es también deducido desde la lectura comparativa de los procesos de construcción de Estado. Claramente se afirma que la literatura comparada no valida la idea de Max Weber de que los Estados siempre hayan ejercido el monopolio de la fuerza sobre territorios delimitados. La existencia de espacios vacíos y de fronteras abiertas ha dificultado en varias partes del mundo dicho control. Además este rasgo que Weber atribuye al Estado no es el único. Existe también el proceso de centralización política por medios de dominación directa e indirecta, estos últimos muy relevantes para el caso colombiano. Además se señala que el Estado no es solo un conjunto de instituciones, es también una construcción ideológica y cultural que refleja relaciones de poder.

El tercer nivel de análisis del libro reseñado es histórico y cubre la última sección de la segunda parte. Allí se ofrece una apretada síntesis del proceso de poblamiento de lo que hoy es Colombia, marcado por una colonización permanente hasta tiempos recientes, cuando se produce un cierre relativo de la frontera interna. Se crean así territorios integrados y espacios vacíos con desigual presencia del Estado. Si en los segundos éste tiene escaso control, en los primeros hay tensiones entre las fuerzas centralizadoras y los poderes locales. Aquí se ofrece una lectura distinta del clientelismo: no se lo condena moralmente sino que se lo entiende como un fenómeno derivado de estas tensiones para terminar siendo funcional tanto para el Estado central como para las mismas comunidades locales. La Violencia de los cincuenta haría evidente la fragmentación del poder, situación que no supera el Frente Nacional. Más bien lo que produce dicho régimen es una modernización incompleta y una profundización de la distancia entre la sociedad y el sistema político. Se cuestiona luego la visión de una crisis endémica, cuando lo que existe es resultado de estos complejos procesos de representación política en la construcción de Estado. En cualquier caso la imagen de crisis cunde en el país y desemboca en la necesidad de un nuevo pacto, como pregonó la

Constitución del 91. Pero ella tampoco soluciona los problemas de representación política en una situación agudizada por la irrupción del narcotráfico, el cual a su vez fortalece a los poderes privados con la consiguiente degradación de la violencia. Esta sección histórica concluye con una contundente afirmación que vuelve sobre la idea central del libro: el conflicto armado colombiano no se sitúa en la exterioridad del Estado sino que se inscribe en la dinámica de su construcción.

Como decíamos al principio, la complejidad del texto de Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vázquez encierra mucha riqueza interpretativa, pero también marca sus límites. Así, por ejemplo, a pesar de la apuesta por una lectura multicausal del conflicto armado, tiende a predominar una visión histórica y estructural. Aunque se pretende analizar al Estado más allá de sus instituciones, esas últimas son las que más se estudian. Aquello del Estado como construcción ideológica y cultural, no aflora con la intensidad esperada en los análisis empíricos y en el recuento histórico.

En un plano más metodológico, la combinación de distintas temporalidades, que tiene sus obvias ventajas, se presta a cierta confusión en algunas secciones, pues no se sabe de qué momento se está hablando. Incluso puede parecer caprichosa la organización del libro, al dejar la sección propiamente histórica para el final, como si fuera una prueba deductiva de lo considerado en la teoría.

Por último, esta obra es selectiva en el tema escogido, lo cual, como suele ocurrir, no deja satisfechos a todos los lectores. Es evidente que los autores hablan del conflicto armado en el campo. Pedirles más es exigirles otra investigación. Lo que ellos quisieron hacer, y en gran parte lo lograron, es volver la mirada hacia el Estado para explicar la dinámica de la violencia agraria en Colombia. En ese sentido el lector encontrará una valiosa síntesis de los estudios sobre el conflicto armado y la construcción de Estado en el país y en otras partes del mundo, acompañada de novedosas hipótesis para entender el caso colombiano, cosa que se hace desde una juiciosa mirada histórica y un rico material empírico sobre el presente.

Los autores se propusieron repolitizar la violencia en un momento como el actual en el que se la tiende a minimizar como una mera expresión del narcotráfico o del aún mas vago terrorismo. La lectura de este libro resulta indispensable para comprender la Colombia de hoy desde su complejidad histórica.

Mauricio Archila Neira

*Profesor Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*